

# Suboficiales en la Historia

## CUMPIAN RAMOS

### • SARGENTO CIRUJANO DE HERBA

M. Parrilla Nieto

**P**UEDE que hoy su nombre esté grabado sobre una losa de mármol; tal vez aún lo recuerden alguno de sus descendientes, si es que los tuvo; pero en los anales del Ejército español Elías Cumpián no aparece reseñado. Ni fue un héroe ni, por su modesto empleo, le cupo la responsabilidad de mandar unidades de relieve. Como máximo podrá encontrarse citado en los diarios de operaciones del Batallón de Infantería Ciudad Rodrigo, al que perteneció durante algunos años. Su figura humana y grandes dotes de soldado se las llevaron el tiempo y el olvido, como tantos otros hombres y sucesos arrebatados a la historia por el torbellino de la guerra.

Cumpián fue sólo uno de aquellos miles de españoles que combatieron en Marruecos por los años veinte, cuando la contienda en el Protectorado adquirió proyección internacional, merced al trágico nombre de Annual o al eco militar del desembarco de Alhucemas. Por aquella época, el sargento Cumpián Ramos se hallaba destacado en la posición de Herba Alta, en Mexarah, cerca de Larache; uno de los puestos que durante todo el año de 1924 estuvieron presentes en los planes de operaciones de la Comandancia de la Zona, debido al asedio a que fue sometido por los seguidores de Abd-el-Krim.

A lo largo de todo el verano de aquel lejano 1924, las condiciones de supervivencia se hicieron excepcionalmente difíciles para los defensores de Herba. Controlado todo mo-

vimiento por un enemigo siempre al acecho, el conseguir agua en aquellos desolados peñascales resultaba poco menos que un suicidio. Y, sin embargo, los hombres de Herba se veían obligados, una o dos veces por semana, a saltar los parapetos e ir hasta

**Ni fue héroe, ni por su modesto empleo, le cupo la responsabilidad de mandar unidades de relieve.**

el único pozo de las inmediaciones a llenar los recipientes con que apagar la sed de la guarnición.

El sargento Cumpián se había «especializado» voluntariamente en este tipo de misiones. Cada vez que había de realizarse el servicio de aguada, Cumpián se ponía a la cabeza del pequeño grupo de soldados y, con sagacidad de raposo, aguardaba el momento oportuno para levantar la alambrada y emprender con su gente el camino más seguro. No obstante su habilidad, con frecuencia hubo de hacer frente a emboscadas, neutralizar a tiradores ocultos, abrirse paso al arma blanca, socorrer a heridos y transportar cadáveres. Pero siempre, invariablemente, Cumpián aparecía ante los parapetos con el preciado líquido.

La fama del sargento Cumpián se



fue extendiendo por toda la Comandancia de Larache, y varias veces apareció citado en la Orden como protagonista de hechos auténticamente extraordinarios. Pero al final del verano, ni Cumpián ni el oficial Luque Molinello —jefe de la posición— ni nadie de Herba Alta volvieron a figurar como sujetos de actividad alguna: el puesto había quedado incomunicado del resto de la línea de blocaos de Mexarah, a consecuencia de un rígido asedio por parte de la morisma.

Durante semanas, nadie consiguió enlazar con los defensores de Herba. Después, en el diario de operaciones de aquel reducto, podría leerse una sucinta referencia al sargento Cumpián, que los hombres que convivieron con él se encargarían de ampliar hasta los límites fantásticos de la leyenda.

Era el atardecer del día 9 de octubre, un ocaso caliginoso que anunciaba la llegada de una noche de vigilia más en el otero pedregoso de la posición de Herba. Sonó un «paco» muy cerca, casi en la misma alambrada. Y, con el eco del estampido, un hombre caía herido, sin apenas proferir lamento alguno. Había sido



uno de los cabos, el que hacía la ronda por el recinto más avanzado hacia el enemigo. La bala le había alcanzado en la región escapular, casi en el pecho; y ahora dos soldados lo trasladaban al habitáculo, donde el sargento ordenaba ya tender unas mantas sobre el suelo.

En Herba Alta no contaban con personal sanitario. Cuando la posición quedó aislada, sólo poseían un pequeño botiquín de campaña, del que se hacía uso según las indicaciones del oficial o del sargento. No existía, pues, posibilidad alguna de evacuar a los heridos ni de prestarles un auxilio con garantías de eficacia. Y el cabo presentaba un boquete por el que la vida se le iba a borbotones. La solución no permitía demora: había que extraer el proyectil.

**En Herba Alta no contaban con personal sanitario. Cuando la posición quedó aislada, sólo poseían un pequeño botín de campaña.**

En mudo parlamento, reunido en torno a un hombre moribundo, el sargento Cumpián, que tantas veces dio pruebas de serenidad ante la muerte, estaba siendo nombrado sujeto de esperanza en la mirada de sus hombres. Pero ni él poseía más conocimientos de cirugía que cualquiera de los presentes, ni el instrumental quirúrgico existente permitía más ejercicio que el del rapado de la barba o el recorte de las puntas del bigote. Sin embargo, el tiempo transcurría y la situación exigía una solución sin dilaciones.

Cumpián, con el mismo bagaje de medios que de experiencia, se atrevió a desempeñar un cometido para el que no había sido formado precisamente en la Academia de Instrucción: extraería él el proyectil.

Se inició la operación en un ambiente de angustia, en el que se palpaba el aliento entrecortado de los asistentes. El cuadro no podía ser



*Las posiciones españolas, no siempre bien fortificadas, fueron presa frecuente del asedio musulmán.*

más patético: en el suelo, tendido sobre cobijas enrojecidas por su propia sangre, yacía el herido en estado de semiinconsciencia. Cumpián mandó que dos hombres sujetasen al cabo por un brazo y por las piernas, mientras el oficial sostenía un carburo encendido a la altura de la zona lesionada. El sargento se lavó las manos durante unos minutos, frotándose a la vez con una bola de esparto; después las empapó en yodo y tomó entre los dedos su navaja de afeitar, que previamente había desinfectado con alcohol.

Cumpián se arrodilló junto al herido y procedió a limpiar los bordes del orificio producido por el proyectil, hasta dejarlos limpios de sudor y sangre. Y, con pulso firme, comenzó a hundir lentamente la fina hoja de acero en el cuerpo del herido.

**Se inició la operación en un ambiente de angustia, en el que se palpaba el aliento entrecortado de los asistentes.**

Un grito espantoso convulsionó a los asistentes. El paciente quedó tenso; su tez, antes de palidez cerúlea, se tornó cárdena, y la sangre brotó con fuerza por la incisión abierta, extendiéndose por el torso desnudo hasta cubrirlo como manto carmesí.

Lívido y sudoroso, y en el extremo mismo de su propio valor, Cumpián continuó cortado los tejidos de aquel cuerpo, desmayado ya por el dolor, hasta sentir el roce de la hoja contra

**El corazón latía y la sangre seguía fluyendo. Ahora, taponada la incisión, sólo Dios tenía la última palabra.**

un objeto duro, resbaladizo e invisible. Por suerte, la bala permanecía encajada en algún lugar impenetrable; y, abriendo los labios de la herida, el improvisado cirujano consiguió tocar el plomo y extraerlo.

La operación había durado poco, pero el paciente estaba... ¿muerto? No, el corazón latía y la sangre seguía fluyendo. Ahora, taponada la incisión, sólo Dios tenía la última palabra; y el Supremo quiso que aquel hombre superase las adversidades de un pos-operatorio verdaderamente prodigioso, porque veinte días más tarde, cuando después de múltiples penurias los defensores de Herba pudieron verse liberados, el cabo formaba entre los supervivientes, totalmente curado de su mortal herida.

Cumpián, el sargento Elías Cumpián Ramos, sonreía cuando más tarde sus compañeros bromeaban con él, apodándole «el cirujano de Herba».